

Reportaje

torio. "Ahora, en vez de traer sus fotos por la mili, los jóvenes deberían traerlas para aprobar los exámenes de la Universidad", le sugiero a Pedro y Rosa. "O deberían traerlo para agradecer los aprobados, porque nuestra virgen es muy milagrosa", nos comenta convencido.

Así es como Rosa vuelve a ejercer otra vez de guía y nos enseña cuadros pintados con tragedias y con final feliz: "Este cuadro que hay aquí representa un accidente de coche y la virgen que salvaguarda el corazón del niño, que finalmente se salvó", nos cuenta con una sonrisa en la boca. Debajo del cuadro hay trenzas de pelo natural cortadas con pequeñas notas que piden favores o agradecen buenas venturanzas. Recuerdo cómo mi madre guardaba una trenza de pelo cortada después de la primera comunión como si fuera oro en paño... Y me da la sensación de entrar en una intimidad ajena. En las notas están escritas de puño y letra las razones de un sacrificio tan grande para las niñas, que siempre anhelan grandes cabelleras como expresión máxima de su belleza. En la parte baja de las paredes cuelga una hilera de



estoy hablando con usted ahora, gracias a ella que siempre me cura y me guarda cuando estoy sola", me dice.

La casa de Dios

Desde este pequeño santuario al que a mí me gusta recordar como del amor o de la historia viva de Pozuelo, se puede acceder a la casa de Rosa y su marido Alfonso. Una portezuela antigua, como todas las demás, con clave grande y la madera que hace mella en los huesos cada vez que se abre y cierra, comunica con el portal de su pequeña guarida. Desde allí escucha misa en romería o vende helados, nunca por ese orden. "Esta es la cocina y el salón, y al lado tengo mi alcoba donde

también duermen mis nietos cuando se quedan conmigo", me dice. Rosa tiene su rincón donde hace encaje de bolillo mientras ve la televisión, "me gustan mucho las películas y los documentales de Constantino Romero", nos cuenta.

En invierno hay menos trabajo y más tiempo para sus aficiones, pero con el primer sol de mayo las ocupaciones de la santera se intensifican para recibir a la gente que sube a la ermita a admirar a la Virgen en su día grande. Su casa, de apenas 30 metros cuadrados, es una extensión más de la ermita: sus paredes están repletas de imágenes de la Virgen, y dentro de esos cuadros, se enfatizan las fotos de carné y primera

comunión de los suyos. "En toda la casa está la Virgen porque está siempre conmigo y no me deja sola", me aclara. Yo temo por la seguridad de Rosa, y le pregunto si no tiene miedo de estar sola en invierno. Para ella el teléfono es su otra salvación, porque "en un momento se planta la guardia civil y aquí no ha pasado nada", me dice. Pero nunca ha habido problemas en este rincón del campo de Calatrava, y nunca lo habrá porque estamos en el cerro de la Virgen de los Santos...

Rosa nos cuenta que lo mismo está para un roto que para un descosido. En la última romería una mujer sufrió una picadura de mosquito y ella quiso ayudarla "le dije que entrara en mi casa para

darle un poco de ajo en la picadura, que va muy bien, y ella tenía respeto en entrar porque era mi casa —nos cuenta Rosa— y yo le dije que entrara sin problemas porque era la casa de Dios". Y nunca mejor dicho.

Cuando salimos de su casa no hay duda de dónde hemos estado: en el portalón reza un cartel con su oficio para que no se olvide: "Santero". Puede que debamos añadirle la arroba para adaptarlo a los nuevos tiempos donde no hay distinción de género y para reivindicar que "la santera soy yo", nos repite Rosa a tenor del cartel que hace que propios y extraños encomienden esa labor a su marido, que trabaja fuera del templo.

*Para ella
el teléfono es
su otra salvación,
porque "en un
momento
se planta la
Guardia Civil
y aquí no ha
pasado nada"*

objetos de plástico, "son partes del cuerpo afectadas de algún mal, y la gente lo colgaba aquí para pedir que se pusieran buenas", nos dice Rosa.

Es la misma práctica que se celebra en lugares santos, como en Lourdes, donde se compran a precio de souvenir manos y pies de cera para someterlos a una pira, y entre rezos y alabanzas cantadas se pide por su salvación mientras se funden con las plegarias. "Esto por ejemplo es un recién nacido, que sus padres lo pusieron aquí para que se curara, o esto son unos pechos que una mujer puso porque tenía cáncer de mama", nos cuenta Rosa después de corregir a su nieto que le dice "no son pechos, abuela, son tetas"... La inocencia de sus nietos que apenas acaban de hacer la primera comunión es la alegría de esta abuela que siempre le gusta estar rodeada de los suyos.

Rosa es una persona de fe, y al igual que sus vecinos, ella también ha pedido a la Virgen y ha jurado promesas. Hace unos años ella pidió mejorarse de una dolencia y la Virgen la salvó, "por eso

